

TERESA

Si tú y yo, Teresa mía nunca
nos hubiéramos visto,
nos hubiéramos muerto sin saberlo:
no habríamos vivido.

Tú sabes que moriste, vida mía
pero tienes sentido
de que vives en mí y viva aguardas
que a ti torne yo vivo.

Por el amor supimos de la muerte:
por el amor supimos
que se muere, sabemos que se vive
cuando llega el morirnos.

Vivir es solamente, vida mía
saber que se ha vivido,
es morir a sabiendas, dando gracias
a Dios de haber nacido.

MIGUEL DE UNAMUNO

Recuerdos

Aquellas violetas

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros



O traté muchos, muchísimos años. Era humano y sencillo en un grado difícil de igualar. Acaso para estos *Recuerdos*, que son siempre algo muy subjetivo, sea eso lo que más tengo que resaltar, como apreciado por mí en diversos momentos íntimos. Porque de la valía extraordinaria y polifacética, de la talla universal del doctor

D. Gregorio Marañón, nada puede aportarse que no sea conocido.

Empecé a tratarle cuando yo era un muchacho, y no se interrumpió la amistad hasta su muerte. En febrero de 1929, le llamé por teléfono desde Cáceres. Mi abuela materna, con la que yo me había criado, estaba grave. Le pedí que viniese a verla. Vino; pero, por desgracia, nada había que hacer. Me lo dijo así. Al día siguiente a la marcha de él, murió, según me anunciara.

Fue aquella la primera ocasión que tuve de tratar íntimamente a don Gregorio. Pasamos juntos muchas horas de charla. Por entonces estaba en moda el temor a la fiebre de Malta. El queso de cabra, —animal del que procede la enfermedad—, tan abundante en Extremadura, eran muy pocos los que osaban comerlo. A Marañón, que le habíamos alojado en nuestra casa, se le puso uno en la mesa y comió en gran cantidad, contestando a las indicaciones sobre los referidos temores, con las siguientes frases humorísticas:

—¡Pobres cabras! Ahora todo el mundo es a desacreditarlas. Por eso yo les hago este acto de desagravio, comiendo su queso, que es riquísimo.

Y agregó, ya más serio:

—No hay que exagerar. La fiebre de Malta no tiene casi difusión en España. A mí me gusta mucho este queso. Si no fuera abusar, les pediría que me dieran otro, para que lo coman también mi mujer y mis hijos, que les encanta.

Se llevó a Madrid varios quesos de cabra, ante el asombro de los cacereños, atemorizados por la dicha fiebre.

Durante su estancia en Cáceres fuimos al castillo de las Arguijuelas de Arriba, propiedad de la marquesa de Camarena. Los dos solos, Marañón y yo, recorrimos el edificio y paseamos por el jar-

dín, delicioso rincón evocador de siglos. Había gran cantidad de hermosísimas y aromáticas violetas. Como yo indicara que a mi abuela le gustaban mucho estas flores, don Gregorio me dijo:

—Cojamos unas cuantas para ella.

Y se puso a cortar violetas, que llevó luego, con la sonrisa en los labios y una humana actitud de cariño, al lecho de mi abuela enferma.

No olvidaré nunca el gesto, ni la estampa. Posiblemente es algo muy subjetivo y hasta quizá ilógico; pero aquel hombre en la plenitud de su fama y de su pujanza física, me pareció más grande aun cogiendo y llevando en las manos aquellas violetas. Fueron las mismas que, rociadas sobre el cuerpo inerte de mi abuela, la acompañaron en su último viaje.

Corrieron los años y siguió el trato con el doctor. Unas veces en su consulta, otras en tertulias, otras, en fin, escuchando sus conferencias, tuve el placer y la fortuna de pasar muchas horas en contacto con él. Jamás pude encontrarle un detalle de vanidad que reflejara el saberse justamente famoso. Se ha dicho que era un tímido. Yo creo que esto es absurdo. Fue, simplemente, sencillo y humano en unos grados en los que sólo pueden serlo los seres de valía tan excepcional como la suya.

En Octubre de 1948 nos reunimos en el Monasterio de Guadalupe. La Real Academia de la Historia —como es sabido, Marañón pertenecía a ésta y a las de la Lengua, Bellas Artes, Ciencias y Medicina— le había dado comisión para reconocer la momia de Enrique IV de Castilla, juntamente con el ilustre arqueólogo don Manuel Gómez Moreno. Yo fui a unirme con ellos desde Cáceres. De Madrid vinieron también la esposa de don Gregorio, su hija Carmen, el marido de ésta, Alejandro Fernández Araoz; María Luisa Caturla, la gran erudita consagrada al estudio de Zurbarán; el escultor Sebastián Miranda y el entonces Encargado de Negocios de los Estados Unidos, Philipp Bonsal, el mismo que años después, como Embajador de su país en Cuba, iba a tocarle la ingrata tarea de enfrentarse con Fidel Castro.

Ya de noche, después de cenar, fuimos a ver las momias del citado monarca y de su madre, la reina doña María de Aragón, primera mujer de Juan II de Castilla. Eramos los primeros en contemplarlas después de siglos, porque se había perdido la memoria del lugar del enterramiento, descubierto casualmente poco antes de nuestra visita. La momia del rey estaba envuelta en un riquísimo manto de brocado verde y oro; la de la reina, en una sencilla tela de hilo.

La morfología del monarca concordaba en todo con las descripciones que de él hiciera Marañón en su libro *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla*. Es una momia gigantesca, de gran corpulencia, con una enorme mandíbula inferior. En vida debió alcanzar los dos metros de estatura. A la vista de aquella gran pujanza física, cualquiera pensaría que éste fue un hombre enérgico, dominador y autoritario, cuando es lo cierto que su reinado se recuerda como un período vergonzoso en el que culminan todas las debilidades y claudicaciones.

Se había hablado de hacer un análisis, ya que al tiempo de la muerte del monarca se dijo que pudiera haber sido envenenado. El veneno de entonces era el arsénico, que puede descubrirse aunque pasen siglos. Marañón puso fin a estos propósitos, con los siguientes comentarios:

—Yo no he creído nunca en el envenenamiento; pero, además, aunque fuera así, es innecesario el aclararlo, porque ello supondría el lanzar acusaciones contra los beneficiados, cuando la verdad es que la que se benefició con la muerte de Enrique IV fue España, que de un período de decadencia pasó a otro de grandeza.

Vimos también la momia de la reina doña María, pequeña y más deteriorada, que reposa junto al hijo único, como triste símbolo, porque aquellos dos seres no disfrutaron en la vida otro cariño que el mutuo que ambos se profesaran. Le faltan a la reina las dos piernas, porque, aunque parezca extraño, se las cortaron, para cumplir su voluntad, ya que dispuso en su testamento que enterraran parte de su cuerpo en el sepulcro de su confesor, el padre Illescas.

Al día siguiente recorrimos el Monasterio, lleno de evocaciones históricas y de maravillosos tesoros artísticos, que era desconocido para algunos de los visitantes. Todos disfrutamos recorriendo el incomparable Monasterio de Guadalupe, monumento capital en la historia del arte español, en el que siglos y generaciones acumularon tesoros en torno a la Virgen Morena, Patrona de Extremadura y Reina de la Hispanidad.

Durante el recorrido, varios de los del grupo hicieron numerosas preguntas a Marañón. Las contestaba todas; pero, bondadosamente, pedía el refuerzo de sus opiniones a Gómez Moreno, en asuntos arqueológicos; a María Luisa Caturla, en temas de arte, y hasta a mí, en lo relativo a historia extremeña. Ante aquel gesto humilde, volví a imaginarle con las lejanas violetas en la mano; con aquellas violetas para mí eran recuerdo entrañable y símbolo de la sencillez y hu-

manidad de uno de los más grandes hombres que he tratado. Los años habían corrido, dejando en él algunas arrugas y algunas canas; pero sin alterar su fondo inmensamente bondadoso. Más tarde, en Madrid, volví a ver en ese fondo la gracia del sentido del humor.

Marañón, ponderado en todo, jamás se dejó arrastrar por modas en nada, y menos en medicina. Sabía perfectamente manejar lo útil de lo viejo y de lo nuevo. En relación con el contraste entre la época en la que los purgantes lo resolvían todo y la fobia a éstos y el abuso de los antibióticos, contaba el siguiente gracioso cuento:

Un niño se puso enfermo, con alta fiebre. El médico le recetó penicilina. La madre del pequeño, suponiendo que la causa del mal era el exceso de comida, se aventuró a decir, tímidamente:

—Doctor, ¿y si le diéramos un purgantito?

—De manera ninguna —contestó tajante el médico—. Penicilina y nada más que penicilina.

Al día siguiente, el niño continuaba con fiebre en la cama. El médico dispuso que le inyectasen estreptomycin. La madre volvió a insistir:

—Doctor, ¿y si le diéramos un purgantito?

La indicación fue desechada de manera rotunda. Al tercer día, el niño continuaba igual y el facultativo recetó cloromicetina, sin faltar la también desechada insinuación materna:

—Doctor, ¿y si le diéramos un purgantito?

Al cuarto día, cuando el médico iba a visitar al niño, se lo encontró jugando en la calle. Quedóse mirándolo fijamente y se dijo para sus adentros:

—¡Ya le dieron el purgantito!

Los años pasaron sin que, por fortuna, dejase de ver y tratar a Marañón. Una grave enfermedad puso en peligro su vida; pero se recuperó por completo. Después vino la recaída fatal. Yo estaba ausente de Madrid el día de su muerte, el 27 de Marzo de 1960. Le faltaba poco para cumplir los setenta y tres años, ya que había nacido, también en la capital de España, el 19 de Mayo de 1887.

No pude asistir a su entierro, manifestación auténtica de duelo nacional. El mundo entero se desbordó en alabanzas al insigne maestro desaparecido. Desde mi rincón de Extremadura, le rendí en silencio mi homenaje, sencillo y humano, como él: mientras mis labios murmuraban unas oraciones, a través de la distancia, mi pensamiento se acercó al ataúd abierto de don Gregorio Marañón, para rociar sobre su cuerpo, como mi más íntima y espiritual ofrenda, el recuerdo sencillo y fragante de aquellas violetas...



«Palomas blancas sobre tejado gris», óleo de Guillermo Silveira,
primer premio de la IV Bienal de Pintura Extremeña

(Foto A. Medina)